

ALFREDO R. PLACENCIA, EL PADRE POETA (1875-1930).

María Esther Gómez Loza

Depto. de Letras / UdeG

Jalisco, al terminar la guerra cristera, era el mejor poeta católico que tuvo México. Semejante criterio es compartido por José Joaquín Blanco, para quien Placencia es el mayor poeta católico con que cuenta nuestra Literatura Mexicana.

Hasta donde conocemos, el primero que se interesó en los versos de Placencia, fue Alfonso Gutiérrez Hermosillo. En el año de 1946 publicó una **Antología Poética** del Padre. Allí dice que Placencia es un signo de la cronología literaria de nuestro país.

Más tarde, en sus respectivos trabajos, tres conocedores de las letras mexicanas, afirman lo que para ellos es Placencia. Para el jesuita Valenzuela Rodarte, es uno de los más originales poetas religiosos; para Emmanuel Carballo, es el único gran poeta con el que cuenta nuestra lírica religiosa, y para González Salas, es uno de los más firmes pilares de la poesía religiosa mexicana. Sin embargo, Carlos González Peña, en su multieditada **Historia de la Literatura Mexicana**, (poseo la décima edición) ni siquiera lo menciona*

El propósito de este trabajo es contribuir a la difusión de la poesía de Placencia, fundamentalmente la de tema religioso.

1. Antecedentes

Afirma José Emilio Pacheco que desde hace por lo menos un siglo, la producción poética mexicana, es una de las pocas actividades que en nuestro país ha logrado un nivel de excelencia continua. Este mismo escritor, estudioso de la poesía mexicana dice que hasta antes de Carlos Pellicer, Alfredo R. Placencia, el humilde Cura encargado de la iglesia de Tlaquepaque,

2. La poesía religiosa en México.

Carlos González Salas dice que en la poesía mexicana del siglo veinte hay autores cuya producción evidencia auténticos valores estéticos y religiosos. Aun en aquellos poetas cuyos versos oscilan entre la duda y la fe, y hasta en los que se manifiestan abiertamente ateos, uno puede apreciar el torbellino de angustias y la preocupación constante por el misterio del más allá. Según González Salas, los bardos pueden cantar a Dios desde la fe o desde la incredulidad, pero nunca desde el odio y la amargura:

...Un suspirar desde nuestro mísero trozo de existencia por algo superior al mundo de lo material, la insatisfacción más o menos manifiesta de todo lo mundano y corporal, es en el fondo aspiración profunda a lo indestructible y eterno, a lo superiormente espiritual cuyo fundamento, centro, atmósfera y fin no puede ser más que Dios; y una poesía por consiguiente por la que discurren tales inquietudes confiesa implícitamente la existencia del Espíritu superior a la materia, acaso también como Creador y Conservador.¹

Asimismo, González Salas afirma que para que exista verdadera poesía religiosa no basta un sentimentalismo trivial vertido en estrofas, sino que es indispensable conjugar tanto lo auténticamente religioso y poético. Según este crítico, hay temblores del espíritu humano que, sin dejar de ser humanos, están llenos de vida subconsciente más pura, de religiosidad:

El término mismo “religión” -del latín “re-ligare”, atar, aunar-, nos da la clave para distinguir lo piadoso de lo religioso. Un sin número de versos, preñados de invocaciones, nos pueden dejar fríos e insensibles. Los que no sólo nos hablan, sino nos impulsan y acercan a El, los que nos incitan a reconocerlo aún caídos en las sombras y el fango del pecado -ahí resuenan los patéticos y divinamente humanos acentos del **Miserere** o del **Levántame, Señor, que estoy caído** de nuestro fray Miguel de Guevara...serán versos religiosos. Lejos la hinchazón, lo retórico, lo postizo; todo

auténtico, nítido y sincero. Bajo la pureza inefable del don estético. Tal será lo genuinamente religioso.²

Según González Salas, salvo alguna excepción, ni nuestra poesía romántica, ni nuestra poesía neoclásica produjeron genuina poesía religiosa, es decir, en la literatura mexicana abundaba la poesía piadosa, pero no la verdadera producción religiosa, ésta se dio en épocas más recientes, a partir de Manuel José Othón, seguido por Manuel López Velarde, Alfonso Junco, Alfredo R. Placencia, Gabriel Méndez Plancarte y Alfonso Gutiérrez Hermosillo. A partir de estos escritores la producción religiosa ha florecido en nuestro país.

Don Antonio Castro Leal comparte el criterio anterior. Él dice que en nuestro desarrollo literario tiene gran importancia la poesía religiosa y que ésta ha tomado un gran impulso debido a los asedios de nuevos credos religiosos. A la postre, estos movimientos la han robustecido, ya que gracias a ellos se ha realizado una renovación de la expresión poética cuya principal consecuencia ha sido un nuevo florecimiento de la misma. Para este crítico los versos del Padre Alfredo R. Placencia son un testimonio fácil de apreciar del avance de nuestra poesía religiosa.

3. Infancia de Alfredo R. Placencia.

En Jalostotitlán, población ubicada en los Altos de Jalisco, vino al mundo el día 15 de septiembre de 1875 Alfredo R. Placencia, el primogénito de Ramón Placencia y de María Encarnación Jáuregui. Poco después nació Cristina (la que muy pronto se hizo religiosa), y luego Higinio. Los tres niños empezaron a amar a la Virgen María bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, ya que muy próxima a su casa se encontraba la Capilla de esta imagen mariana. El hacer cotidiano de las mayorías de las familias alteñas está profundamente vinculado a las prácticas religiosas.

Afirma el Pbro. Ramírez que Alfredo aprende las primeras letras en una escuela de las llamadas "Amigas". Una mujer, en su propia casa, enseñaba a leer, a escribir, a contar, y por

supuesto, el catecismo. “Todavía recuerdan en el pueblo a algunas de esas heroicas mujeres que por una mísera paga soportaban multitud de chiquillos. Recuerdan a ‘la seño Rayitos’, que abarcó casi tres generaciones y la seño ‘Candores’, doña Alejandra Rodríguez, que albergó parvadas de chiquillos en su casa, junto al río, por más de cincuenta años”.³

En sus versos, Alfredo describe el gran interés que su señor padre tuvo para que él aprendiera a leer.

Precisamente de aquellos tiempos, cuando el pequeño aún no aprendía a leer y a escribir, nos da muestras de su latente vocación de poeta:

Ver que revienta el día...
ver que la peña enflora...
sentir a Dios jugando con la aurora
y no poder decirlo...¡qué agonía!...
“La lección de la sombra” en **El Padre Luis**. p. 231

Ni duda cabe que el ambiente de recogimiento en que vivía la familia Placencia, propició que Alfredo optara por el sacerdocio y la única mujer por la vida religiosa. Así lo apoyó su padre:

...Anda a la vida de las Letras, anda.
Aquí quedaré yo
bendiciéndote siempre
y atizando el amor”.
“El gran beso de Dios” en **El paso del dolor**. p. 60

4. El Seminario

De octubre de 1887 a septiembre de 1899, Alfredo fue alumno del Seminario Conciliar de Sr. San José, en Guadalajara. ¿Cuántos alumnos al igual que nuestro poeta provenían de hogares con

muchas limitaciones económicas? Entre ellos, pocos, muy pocos ciertamente, lograban dentro del mismo Seminario, alguna ocupación remunerada. Tal y como puede comprobarse, la mayor parte de sus años de estudiante en este lugar, Alfredo fue alumno externo. Lo cual simplemente ratifica que su familia no tenía dinero para pagar la mensualidad requerida. Ya desde entonces Alfredo precisó de la generosidad ajena.

Transcurridos muchos años, en forma sencilla, el sacerdote recuerda y le confiesa a Gutiérrez Hermosillo, único de sus biógrafos que lo conoció personalmente, cómo obtenía algo de dinero para sus gastos: “Vendía periódicos en la madrugada y en la noche para sostener mis estudios cuando ingresé en el Seminario. Mi padre era muy pobre...El mejor periódico era **La Linterna de Diógenes**, que me gustaba vender en el jardín del Carmen, donde había serenata los jueves al caer el sol”.⁴

A mediados de julio de 1896, Alfredo pasó a ser alumno interno del Seminario. Días después murió su padre. A partir de aquí, el deseo de morir se convierte en el gran sueño del poeta.

En su último curso de preparación al sacerdocio, Alfredo y todos sus condiscípulos abandonaron el edificio que durante dos centurias fue semillero de obispos. En la inauguración del nuevo edificio Alfredo fue el único alumno invitado a participar. Ya era reconocido como poeta.

5. El Sacerdocio.

Casi doce años después de haber ingresado al Seminario Conciliar de Guadalajara, Alfredo fue ordenado sacerdote, e inicia así su gloria y su calvario.

*“...Su vida sacerdotal pinta al hombre de pies a cabeza, porque en treinta años de sacerdocio, habrá de trotar por más de veinte lugares, en tres ocasiones en el extranjero, siempre con conflictos nacidos de su inadaptabilidad, su espíritu soñador, su incapacidad para las faenas prosaicas de la vida”.*⁵

Gutiérrez Hermosillo habla en estos términos:

"...Cuando seguro de sí, dentro de la casa de este siglo, dióse a escribir su obra, ejercía el ministerio en los pueblos más tristes, más solos, guardianes indefensos de todas las tiranías...A muchos de los lugares en donde vivió durante largo tiempo, no alcanza la vía férrea y la llegada de un automóvil es milagro: Temaca, diez casuchas y una iglesia menesterosa; Bolaños, antiguo mineral que hace mucho está exhausto; Atoyac, mar de salitre, tendido a la inclemencia de un sol de cal; Amatitán, en un desierto que da melancólicamente la mano a un ramillete de barrancos".⁶

Cabe mencionar que todas estas poblaciones se encuentran en el estado de Jalisco. Precisamente recién llegado a Temaca, el Padre recibió la noticia de la muerte de la autora de sus días. Ya de muerta, Placencia le hará muchos versos a su madre.

En junio de 1912, de Temaca pasó a Portezuelo, en donde "...dejó la imagen exacta del artista: grande gusto por la música, muy delicado, quizá violento, y manirroto".⁷

El juicio del Padre Ramírez concuerda con el de Sicilia, crítico católico conocido en el medio:

...trasladado a Portezuelo, el obsequio de uno de los dos armonios de su vicaría a la iglesia de los Guayabos le causó problemas con los lugareños. Éstos se agravaron cuando un templo, edificado por el propio Placencia sobre terrenos de pésima calidad, se vino abajo... enemistado con sus fieles, va a Jamay, donde, en 1914, tuvo un encuentro a cachazos de pistola.⁸

Tal como lo menciona este autor, Placencia pasó a Jamay. De Portezuelo fue enviado allí y precisamente en ese poblado el poeta recibió la visita del Arzobispo Francisco Orozco y Jiménez, que había iniciado las visitas pastorales a sus parroquias. Como es sabido, Alfredo gustaba de recitar

sus propios versos, así que con un poema recibió al nuevo Pastor. Los que amamos la poesía de Placencia, hemos visto precisamente a través de ésta, lo conflictivo que a veces resultó la relación entre este Arzobispo y el Padre poeta. En forma breve y clara el Pbro. Ramírez nos habla de esta visita: "...El primer encuentro entre el arzobispo y el sacerdote de mirada ardiente y soñadora se repetirá con una característica constante: que nunca se entendieron".⁹

En abril de 1914 pasó a El Salto de Juanacatlán, precisamente el año cuando la lucha revolucionaria adquirió tintes antirreligiosos, y los sangrientos combates entre revolucionarios y federales tomaron como escenario casi la totalidad de los estados de nuestro país. Así cantó Placencia:

HAY DESAMPARO en todo. Los hogares
están faltos de pan y están oscuros.
Dejó el soldado los nativos lares
y han allí enmudecido los cantares
y cuelgan de sus muros.

"Canción de esperanza" en **La oración de la Patria** pp. 316-317

En otro poema dice:

ENCENDIOSE la lucha, formidable y tremenda,
y entumió los luceros e inflamó el horizonte;
y borró los caminos y acabó con la senda,
y envolvió la cabaña, la llanura y el monte.
...Y penetró la noche más allá de las puertas
y hasta el "Sancta-Sanctorum" de los templos cerrados;
y los bronces durmieron y quedaron abiertas
las viejísimas urnas de los muertos sagrados.
Y de todo lo santo se adueñaron las tropas,

y se vio a las rameras, descrídas y avaras,
desnudar los altares y en las sagradas ropas
dar a luz sus abortos sobre las mismas aras.
...¿Quién midió la pavora de la infinita noche
que llovió por los campos y asoló las ciudades...?
...Al prenderse la lucha se abrevió toda mano...
Nunca se vio la tierra en mayor desabrigo.
“De la Casa de Helcías” en **Varones claros** pp 264-265

Lo que Placencia nos presenta corresponde fielmente a lo que algunos historiadores y testigos presenciales de aquella época narran. Evidentemente el enlace profundo entre el movimiento revolucionario y la Constitución de 1917 agravó y agrandó la problemática social.

A mediados de 1917 el país sufría las consecuencias de la prolongada guerra civil: destrucción de campos, ciudades, vías férreas y material rodante; interrupción del comercio y de las comunicaciones; fuga de capitales, falta de un sistema bancario; epidemias, escasez de alimentos y bandidaje. Cientos de comuneros habían ocupado tierras y otros tantos clamaban por restituciones y dotaciones; no había confianza en la posesión de la tierra ni en el mercado de los productos; el desempleo era elevadísimo, así como la inseguridad en los trabajos; se declararon huelgas pidiendo mejores salarios y condiciones de trabajo...En algunos estados, especialmente en Jalisco, fue muy agudo el problema religioso.¹⁰

Como es sabido, desde 1914 los enfrentamientos entre católicos y carrancistas se convirtieron en el pan nuestro de cada día. A diferencia de los zapatistas que tenían una profunda devoción guadalupana y la ostentaban con el uso de escapularios y hasta estandartes con esta imagen mariana, los carrancistas, de acuerdo a narradores de este tema, confiscaron bienes eclesiásticos, desterraron sacerdotes y monjas, emitieron leyes y decretos persecutorios y

cometieron actos sacrílegos. “Se quejaban testigos de aquella época de que, en cuanto estaban en una ciudad, se apoderaban de las llaves de las iglesias...tomaban los copones y vaciaban las hostias consagradas en los pesebres ... ponían los ornamentos sacerdotales sobre el lomo de los caballos...disparaban contra los tabernáculos.”¹¹

Para ningún católico podía ser aceptable la actitud de esos revolucionarios:

*...los carrancistas despliegan actos de premeditado y gozoso sacrilegio: beben en los cálices, desfilan con ornamentos, hacen hogueras con los confesionarios, fusilan imágenes, ejecutan santos, convierten las iglesias en cuarteles. En el estado de México se prohíbe todo lo religioso: bautizos, misas, confesiones, sermones...Esta actitud del ejército carrancista se repite en varios estados de la República Mexicana. El sufrimiento y el dolor de los católicos seculares y religiosos es inimaginable.*¹²

A juicio de este autor, Carranza no aprobaba tales desenfrenos, pero los toleraba para poder lograr sus propósitos: convertirse en presidente de la República.

Testigos presenciales de aquella época, afirman que la tragedia desgarró todo a su paso, es decir, que no tan sólo los pudientes la vivieron como un descenso a los infiernos, también los de condición social humilde. Describen en forma sumamente cruda como la gente perdió la caridad. Asaltaban y mataban sin un rasgo de piedad:

...Tropas iban por las vías férreas al matadero. Los trenes eran volados. Se fusilaban en el atrio de la parroquia a infelices peones zapatistas que caían prisioneros de los carrancistas. Se acostumbraba la gente a la matanza, al egoísmo más despiadado, al hartazgo de los sentidos, a la animalidad pura y sin tapujos. Las poblaciones pequeñas eran asaltadas y se cometía toda clase de excesos. Los trenes que venían de los campos de batalla vaciaban en la estación... su cargamento de

*heridos y de tropas cansadas, agotadas, hechas pedazos, sudorosas, deshilachadas.*¹³

Tristísimas imágenes que nos reflejan aquella sociedad. El desamparo de las tropas, y por ende, de las familias de dichas tropas. Higinio, el hermano menor de Placencia, no volvió.

...Benjamín de mi madre que a la guerra partiste,
meditando en la Patria, y acabaste en la guerra...

Como tantos guerreros, tu tampoco tuviste
ni un pedazo de tumba ni una orilla de tierra.

Benjamín de mi madre, ¡pobre Higinio, hijo mío...!
dí: ¿Qué fue de tus huesos...? Dilo tú que lo sabes...

En la arena olvidados, ¿los devoró algún río...?

O, en el campo insepultos, ¿los comieron las aves...?

“De la Casa de Helcías” en **Varones Claros** p. 265

El sacerdote vivió en carne propia las consecuencias de esta lucha fratricida. Las imágenes presentadas en los últimos fragmentos justifican plenamente lo que Gutiérrez Hermosillo mencionó: la Revolución Mexicana tuvo en Jalisco un cronista, Azuela, y un poeta: Placencia. Seis días después, también murió la única hermana de Alfredo.

El sangriento curso de la revolución continuó su marcha. El corazón del poeta, sin duda alguna estaba tan devastado como el territorio nacional.

En enero de 1920 Placencia llegó a Atoyac, pueblo ubicado al sur de Jalisco. A juicio del padre Ramírez, este era el lugar para que el padre trabajara como representante y continuador de Cristo en esa comunidad, en cierta medida, que echara raíces. Sin embargo, no fue así:

...algo tenía que acontecerle, y le aconteció: iba huyendo de las fuerzas carrancistas el arzobispo don Francisco Orozco y Jiménez, llegó a Atoyac en

demanda de remudas frescas para cruzar la sierra, y el párroco poeta, más poeta que práctico, le ofrecía una velada literario-musical. Disparate le pareció al prelado, y en tales circunstancias sí lo era. Comentó el arzobispo: 'Esos poetas no sirven para nada', olvidándose de que él también era poeta, y en tal caso su aseveración les llegaba por igual.¹⁴

Ciertamente el momento no era para diversión. Y aquí hubo más problemas para el párroco.

6. Dios en su poesía.

De principio a fin la obra entera de Placencia está inmersa en un ambiente religioso. En los siguientes versos, tomados de **El Libro de Dios**, podremos apreciar lo señalado.

AQUI sí que no puedo
nada, si no es temblándome la mano.
Tu nombre es inefable y soberano;
tu nombre causa devoción y miedo,
y, no puedo, no puedo.
¿Cómo voy a poder...? Soy un gusano
"El Libro de Dios" p.3

Con este fragmento Placencia inicia la presentación de su primer libro: **El Libro de Dios** y nos da una muestra fiel, exactamente como frente a un espejo del "**sentimiento de criatura**" que según el teólogo y filósofo Rudolph Otto aparece en el hombre en instantes muy especiales, ante la Divinidad: /¿Cómo voy a poder...? Soy un gusano./ Esta peculiar respuesta del alma del poeta cuando vive una experiencia religiosa, cuando siente la presencia del numen, y que Otto llama **sentimiento numinoso** va acompañada del sentimiento de pequeñez. Nota característica de dicho sentimiento es la autodesvaloración que Placencia hace de su propia existencia. El sentimiento de nulidad que el poeta experimenta, que irrumpe en su espíritu, lo que acrecienta la profanidad del

poeta, es despertado por la presencia de Dios. Evidentemente que dicho sentimiento es el resultado de sus creencias religiosas.

Cualquier verso nos habla de lo que Dios era en su vida:

...tu figura doliente, y adorable y bendita,
en mis horas de bardo, siempre estuvo en mi mesa,
y cruzó entre mis sueños de indecible tristeza,
y alumbró, una por una, cada página escrita.

“El dueño del libro” p.4

Llama la atención en la poesía de Placencia, la forma como éste le habla a Dios. En poemas de apenas ocho versos, el autor expresa el tumulto de inquietudes que agitan su corazón:

¿Tú sostienes el orbe con un dedo...?
Eso, a decir verdad, no es maravilla.
Puedo yo más que Tú. Yo soy de arcilla
y, ya lo has visto en el altar: ¡Te puedo!
¿Piensas poder más Tú...? Te desafío;
y si es así que tu potencia es mucha,
lucha conmigo, vénceme en la lucha
y a Ti no más te ame, Jesús mío.

“Lucha Divina” p.6

A través del monólogo, Placencia nos va a manifestar su enorme complejidad interior. Prácticamente se confiesa a si mismo y nos confiesa a nosotros, las luchas que sufría en el ejercicio de su sacerdocio. Sus luchas morales, como vemos, las manifiesta con sorprendente libertad y con matices tan extraños como nuevos, pero sustentados en su propia vida. Inverosímil desafío que termina en una petición llena de ternura. Esta lucha nos la va a presentar en varios de sus poemas. He aquí el más difundido:

ASI te ves mejor, crucificado.
Bien quisieras herir, pero no puedes.
Quien acertó a ponerte en ese estado
no hizo cosa mejor. Que así te quedas.
Dices que quien tal hizo estaba ciego.
No lo digas; eso es un desatino.
¿Cómo es que dio con el camino luego,
si los ciegos no dan con el camino...?
Convén mejor en que ni ciego era,
ni fue la causa de tu afrenta suya.
¡Qué maldad, ni qué error, ni qué ceguera...!
Tu amor lo quiso y la ceguera es tuya.
¡Cuánto tiempo hace ya, Ciego adorado,
que me llamas, y corro y nunca llego...!
Si es tan sólo el amor quien te ha cegado,
ciégame a mí también, quiero estar ciego.

“Ciego Dios” p. 6

Sabemos que en la poesía el sufrimiento se convierte en el órgano que percibe la verdadera magnitud de las cosas. “En el poeta... se muestran tensiones y quiebres dolorosos, a veces terribles, en los que se dibuja el origen de la poesía”.¹⁵

Evidentemente que el origen de este poema lo encontramos en las torturas que le provocan al poeta los sentimientos de culpa por las infracciones a la ley de Dios. Placencia convierte al poema en representación de su propio drama interno.

Con términos directos y simples expresa lo conflictivo que le resultó el ejercicio de su sacerdocio. Con comentarios que se acercan a la blasfemia por parte de un hablante en primera

persona, el autor destaca la figura del Crucificado y del mismo poeta, quien aparentemente aplaude la situación de ignominia del Jesús-Cristo y de quien lo redujo a tal estado. Placencia organiza el poema en una secuencia narrativa bastante inusual. En la cuarta y última estrofa, rompiendo con las tensiones que desarrolló en las tres anteriores y que sirvieron realmente de introducción a ésta, descubre de manera candorosa y tierna, la confianza absoluta que el poeta tenía en Cristo. Su poesía es una queja infinita de su existencia cotidiana. Ciertamente el poeta volvió los ojos a su interior para revelarnos ante Aquél que nació en la debilidad y la pobreza la magnitud de sus sufrimientos.

Con lógica inusitada los versos plasman y explican las luchas cotidianas del sacerdote. Lo difícil que le resultaba mantenerse o procurar la gracia de Dios. Ante Cristo, a quien el poeta llama ciego adorado, Placencia confiesa el dolor que le provoca su humana naturaleza, pero también su fe y su confianza en la misericordia de Dios que perdona a los pecadores arrepentidos. Creo que el título del poema se explica con claridad en esta estrofa. La ceguera es propia del amor. Y ningún amor es comparable al amor del Crucificado: el amor más grande del mundo. Por amor a la humanidad, Cristo, iluminado por el Espíritu Santo hizo posible el proyecto de Dios Padre: redimir con su muerte al género humano. Por amor y solamente por amor aceptó la muerte más infamante, la reservada por los romanos a los infractores de la peor calaña. Placencia sabe que Cristo, con los ojos cerrados, contempla todo el acontecer humano. El sacerdote sabe que Cristo sigue sufriendo por él, y con él, por toda la humanidad que con los ojos abiertos arrastra la ceguera enfermiza provocada por el pecado. El corazón de Placencia, escenario de tal tragedia, eleva la tierna súplica para que Cristo lo ciegue con la ceguera del amor. Placencia quiere cerrar los ojos al pecado y abrirlos a la gracia.

Encuentro además, en este poema de Placencia, una gran semejanza al contenido del soneto número XVIII de Lope de Vega. Ambos poetas desarrollan composiciones religiosas que evidencian las crisis espirituales que sufrían. Según Antonio Carreño, el coloquio oracional -en este caso el

monólogo- real o imaginario entre un hablante y un escucha, es la técnica empleada en varios poemas religiosos. Tanto las exclamaciones como las frases reiterativas realzan los elementos visuales.

En Placencia está presente la idea de un Dios-hombre, la del Cristo salvando a la humanidad desde la Cruz, concepción religiosa en la cual confluyen dos tradiciones: la bíblica y la clásico-pagana.

Cristo presente en todos los momentos de su vida:

...¿Ya olvidaste mi historia? Soy una espiga
que mil veces el soplo menos airado
batió y deshizo.

Desde el claustro materno vengo heredado
con las grandes tristezas del paraíso.

¡Oh! ¡Qué noche tan triste la noche aquella
en que de mí se dijo: “Surge a la vida”...!
¡Quién pudiera dejarla sin una estrella...!
Génesis y principio de tanto daño
¿Por qué no la tuviste siempre escondida...?
“Miserere” p.7

En este fragmento escrito en el mismo tono coloquial, el poeta manifiesta varias cosas. En primer lugar hace mención de sus múltiples caídas, de sus faltas. Específicamente, se señala pecador desde el vientre materno. Hace una alusión directa al pecado original. A la hora de recurrir al diccionario para consultar el término **pecado**, encontré que el sentimiento de culpabilidad es un dato constante de la humanidad creyente, aunque difiera según las coordenadas filosóficas y religiosas en las que tiene lugar.

También en este fragmento, el poeta manifiesta, tanto el estoicismo de tipo pesimista que Calderón de la Barca en el auto de **La vida es sueño**, como los dos principales temas de meditación filosófica de la primera mitad del siglo XX, la EXISTENCIA y la TEMPORALIDAD. Sus vivencias y sensaciones nos revelan confidencialmente en su poesía, una EXISTENCIA que por momentos se roza con las tinieblas, con la no existencia. Acosado una y otra vez por los problemas cotidianos, su vida se ve envuelta en borrascosas crisis. En forma verdaderamente dramática, nos refleja su existencia.

Octavio Paz afirma, que la verdadera poesía consiste en la revelación del propio ser y sus conflictos, y las imágenes que Placencia nos ofrece son precisamente los conflictos que sufre por su EXISTENCIA y TEMPORALIDAD.

Mas no en todos los poemas que Placencia hizo a Dios encontramos ese tono de blasfemia o por lo menos de reto. *BIENAVENTURANZAS*, por ejemplo es un poema que se aparta totalmente de lo hasta aquí considerado, de lo que es común o tan sólo se ve en Placencia:

BIENAVENTURADOS nosotros los que opresos
con grillos
y embriagados por ejenjo amarguísimo de la pena
aún tenemos la boca libre para llamar a Dios,
y libre también el corazón
para que se abran sus entradas al regocijo,
y para bendecir con amor al Padre
que si sabe mandar la pena, cuidase siempre de mandar
la palabra de vida que la consuele
Antología poética de Placencia por Gutiérrez Hermosillo p. 206

7. La Virgen.

El tono de lucha, de reto en algunos de los poemas de Placencia hacia Dios, desaparece por completo cuando se dirige a la Virgen:

..AQUI sigo, Señora, a tus umbrales.
Necesito vivir de tus amores,
y aspirar del perfume de tus flores,
y asomarme a tus ojos celestiales.
...Ábreme, tengo frío.
Si entume y duerme su canción el río;
si el cielo insiste en su nevar eterno,
no es eso mucho junto a mí, **Bien mío**,
que acá, en el corazón, traigo otro invierno.
¿Ves la noche cuán fría...?
Mucho más tengo el alma, **Prenda mía**.
“Pasionaria” en **El Libro de Dios**. p.22

Con expresiones como **Bien mío** y **Prenda mía**, propias del habla rural alteña, Placencia se dirige a quien considera madre, y como tal, busca en ella los afectos que precisa su sensible naturaleza. También a ella, como a Cristo, le manifiesta su continuo peregrinaje entre angustias y sufrimientos. El agua del río, reducida al estado sólido por las extremas temperaturas, es poca cosa comparada con el invierno de penas que mora en su corazón.

Aunque en la obra de Placencia el número de poemas hechos a María no es muy amplio, en ellos revela, entre otras cosas, que en el ámbito donde se crió, el culto a María de Guadalupe era muy arraigado.

Sabemos que a lo largo del siglo XVI varios santuarios marianos aparecieron en México, y el del Tepeyac, que empezó a destacar hasta mediados del siglo XVII, se impuso a los demás y se convirtió en el más importante de todos. Así le cantó Alfredo a la guadalupana:

TEN PIEDAD

Tú lo sabes, Señora:
desde niño pequeño me acostumbré a alabarte.
Apenas de lo extraño de tus finezas supe,
me caí de rodillas y me enseñé a rogarte
dejaras que mi alma se gastara en amarte,
Virgen de GUADALUPE

Y así, envejecido prematuramente, sin ilusiones o grandes amores en que apoyarse Placencia llegó a los umbrales de su existencia en la vieja casona de San Pedro Tlaquepaque. En ese lugar, como consta por los testimonios de los integrantes de **Bandera de Provincias**. Quincenal de cultura de Guadalajara durante los años de 1929 y 1930 el sacerdote era visitado y admirado por sus miembros, entre éstos, Agustín Yáñez¹⁶. Enfermo y en total desamparo lo acogió una familia en la ciudad de Guadalajara, donde murió el día 20 de mayo de 1930 en la casa marcada con el número 162 de la calle General Arteaga, "...en la más imponente de las miserias, a tal grado, que gente generosa cooperó para su cajón, que fue de madera bruta y sin pintar".¹⁷

Así que en gran medida se cumplieron los sueños del poeta:

QUIERO un lecho raído, burdo, austero
del hospital más pobre; quiero una
alondra que me cante en el alero;
y si es tal mi fortuna
que sea noche lunar la en que me muero,
entonces, oíd bien qué es lo que quiero,
quiero un rayo de luna

pálido, sutilísimo, ligero...

De esa luz quiero yo; de otra ninguna.

... ¿Para qué más fortuna

que mi lecho de pobre,

y mi rayo de luna,

y mi alondra y mi alero,

y mi Cristo de Cobre,

que ha de ser lo primero...?

Con toda esa fortuna

y con mi atroz necesidad de olvido,

contento moriré; nada más pido.

“Mi Cristo de cobre” en **El Libro de Dios** pp. 16-17

Tanto Sicilia como Hermsillo Peña, afirman que a la muerte de Placencia se quemó su poesía. Mientras que el primero afirma que “muchos poemas del padre fueron quemados en el Arzobispado de Guadalajara”, Peña señala: “...Cuando murió el poeta, su Superior dio órdenes de que todas sus obras se quemaran; manos piadosas las rescataron escondiéndolas y hoy gracias a esta noble labor, admiramos la grandeza de sus poesías”.¹⁸

8. Consideraciones finales

Como puede apreciarse la poesía de Placencia es única y muy personal. A juicio de Agustín Yáñez la nervadura romántica de Bécquer y de Zorrilla le sirvieron a Placencia para configurar con éxito su espléndida forma modernista.

Aunque algo tuvieron que influir sus estudios sobre literatura en el Seminario, uno puede ver en sus versos que las raíces que lo nutren se encuentran en la Biblia y en la comunidad en la cual nació. Su profundo amor a Dios, así como las dudas y sufrimientos que en gran parte de su vida lo

acompañaron Placencia los expresa con grande intuición de la belleza, pero con un lenguaje propio del habla rural de la región de Los Altos de Jalisco. Encuentro en Placencia gran identidad con el apóstol Juan, éste utiliza en sus textos bíblicos vocabulario y estilo sencillos, pero de extraordinario poder expresivo. Así mismo Juan dice: en caso de que nos condene nuestra conciencia, Dios es mayor que nuestra conciencia (1 Juan 3:20). Placencia conoce sus limitaciones humanas, pero también esta consciente de que Dios no regatea el perdón. A través de todos los sufrimientos el amor y la fe en Dios se mantuvieron firmes en el transcurso de la vida del poeta.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIA COMENTADA. Tr. Mons. Dr. Juan Straubinger. Estado de México 1969.

CASTELLANOS, Francisco. **El padre Pro. Su vida, tiempo y martirio**. Ed. Diana. México: 1995.

HERMOSILLO Peña J. Jesús. "El poeta de Jalostotitlán, Jalisco. Alfredo R. Placencia" en **Tristezas** págs. 65 a 105 Talleres de imprenta Daniel Méndez Acuña. Aguascalientes 1984.

OROZCO, José Clemente de. **Autobiografía**. Ediciones Era. Serie crónicas. Séptima reimpresión. México: 1996.

OTTO, Rodolfo. **Lo Santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios**. Tr. Fernando Vela. Segunda edición selecta de revista de occidente. Madrid: 1996

PLACENCIA, Alfredo R. **El libro de Dios**. Presentación de Javier Sicilia. Tercera serie de Lecturas Mexicanas No. 9, Dirección General del Consejo Nacional para la Cultura y las artes. México: 1990.

PLACENCIA, Alfredo R. **Poesías**. *El libro de Dios. El paso del dolor. Del cuartel y del claustro. El vino de las cumbres. La franca inmensidad. El Padre Luis. Varones claros. Tumbas y estrellas. La oración de la patria*. Recopilación de Luis Vázquez Correa. Ed. Casa de la Cultura Jaliciense, Guadalajara 1959.

PLACENCIA, Alfredo R. **Antología**. Introducción y selección de José R. Ramírez. Editorial Gráfica Nueva, Guadalajara: 1989.

- PLACENCIA, Alfredo R. **Antología poética**. Introducción de Alfonso Gutiérrez Hermosillo. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Imprenta Universitaria. México: 1946.
- MUSCHG, Walter. **Historia trágica de la literatura**. Tr. Joaquín Gutiérrez Heras. Lengua y Estudios Literarios. Fondo de Cultura Económica. Segunda reimpresión. México 1996.
- PAZ, Octavio. **Generaciones y semblanzas obras completas**. V. 4. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica. México 1996.
- PEÑALOSA, Joaquín Antonio. **Flor y canto de poesía guadalupana siglo XX**. Ed. Jus. México: 1985.
- ULLOA, Berta. "La lucha armada (1911-1920)" en **Historia General de México**. T. 2, El Colegio de México 1981.

ANEXO: SU OBRA.

El Padre Placencia vio la luz de sus tres primeros libros en el año de 1924, la Editorial Subirana, en Barcelona, España, los publicó. El primero de éstos, **El libro de Dios**, está compuesto de treinta poemas y tres traducciones de las obras de San Bernardo, en todo el libro se aprecia el amor que a Dios tenía el poeta. Su segundo libro, **El paso del dolor**, lo conforman treinta y seis poemas dedicados a sus padres y **Del cuartel y del claustro** su tercer libro de veintitrés poemas, producto del amor a sus hermanos: el soldado y la monja.

En 1959, casi veintinueve años después de la muerte del poeta y siendo Gobernador del Estado el Lic. Agustín Yáñez se publicaron los otros seis libros junto con los tres anteriores, con el título **Poesías**. Esta obra corresponde al primer volumen de las ediciones de la Casa de la Cultura Jalisciense y estuvo al cuidado del recopilador de los poemas de Placencia, el Lic. Luis Vázquez Correa y del Maestro Adalberto Navarro Sánchez. El orden de los tres primeros es el que les dio en vida el poeta y los otros los agregaron así: **El vino de las cumbres**, con veinticinco poemas; **La franca inmensidad**, con veintiséis; **El padre Luis**, con treinta y dos; **Varones claros**, con veinticuatro; **Tumbas y estrellas**, formado de veintidós y la **Oración de la Patria** con treinta y dos. En todos los poemas uno identifica la vida sacerdotal del poeta.

* La primera edición de esta obra fue en 1928 y se continuó editando. Hay que resaltar la importancia de ésta ya que por décadas fue utilizada como libro de texto en los niveles de secundaria y bachillerato.

¹ ANTOLOGIA MEXICANA DE POESIA RELIGIOSA. Siglo Veinte. Introducción, selección y notas de Carlos González Salas. Edit. Jus. México: 1960 p.9

² Ibid. Pág. 12.

³ PLACENCIA, Alfredo R. **Antología**. Introducción y selección de José R. Ramírez. Talleres Gráfica Nueva. Guadalajara: 1989 p. 10

⁴ ALFREDO R. PLACENCIA. ANTOLOGIA POETICA. Introducción de Alfonso Gutiérrez Hermosillo. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma. Imprenta Universitaria. México: 1946 p.X

⁵ Op. Cit. Ramírez p.18

⁶ Gutiérrez Hermosillo. Op cit. p. X

⁷ Ramírez Op. Cit., p. 22

⁸ Placencia Alfredo R. **El Libro de Dios**. Presentación de Javier Sicilia. Lecturas Mexicanas. Tercera Serie. Núm. 9 Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las artes. México: 1990 p.11

⁹ Ramírez. Op. Cit., p.22

¹⁰ Ulloa Berta. "La lucha armada" (1911-1920) en **Historia general de México**. Tomo 2 El Colegio de México, 3a.ed., México: 1981 pp. 1159-1160

¹¹ Castellanos Francisco. **El Padre Pro. Su vida, tiempo y martirio**. Ed. Diana. México:1995 p. 51

¹² Castellanos, Ibid., p.55

¹³ Orozco José Clemente. **Autobiografía**. Ediciones Era. Serie Crónicas. Séptima reimpresión. México: 1996 p.45

¹⁴ Ramírez. Op.,cit. p.24

¹⁵ Muschg, Walter. **Historia trágica de la Literatura**. Tr. Joaquín Gutiérrez Heras.Fondo de Cultura Económica. Lengua y estudios literarios. 2a. Reimpresión. México: 1996 p.17

¹⁶ Quien más tarde, cuando fue gobernador del estado de Jalisco hizo posible la publicación de los libros del Padre, tanto los que en 1924 le habían publicado al Padre como los seis inéditos.

¹⁷ Hermosillo Peña. Op., cit. p.97

¹⁸ Hermosillo Peña. Op., cit. p.99